

## LA CORRESPONDENCIA DEL CARDENAL D. PASCUAL DE ARAGÓN A LAS MADRES CAPUCHINAS

JUAN NICOLAU CASTRO  
Numerario

Excelentísimas Autoridades  
Ilustrísimos Sres. Académicos  
Señoras y Señores

El tema de la lección inaugural del curso 1990-91, que por el mero transcurrir de los años, hoy me toca pronunciar a mí, voy a dedicarlo a un tema histórico-biográfico, no artístico, como hasta ahora ha sido habitual en mí las veces que he tenido el honor de dirigir la palabra desde esta tribuna. Hoy les quiero hablar de un tema muy íntimo, de uno de esos temas a los que hay que acercarse como de puntillas, voy a tener la osadía de hablarles del alma de un hombre y les voy a contar más de una de sus intimidades. Voy a hablarles del alma del cardenal don Pascual de Aragón tal como él mismo la plasmó en una copiosa correspondencia que durante muchos años estuvo dirigiendo a la comunidad de Madres Capuchinas de la ciudad y que le sirvió de íntimo desahogo en los años tristes de la Historia de España que a él le tocaron vivir como protagonista excepcional.

Las cartas fueron escritas entre los años 1645 y 1677, de ellas he ido localizando lentamente 992 en el archivo de las Madres y su lectura ha sido tarea especialmente ardua aunque al final terminaba siendo gratificante. Don Pascual de Aragón tuvo siempre una letra difícil, que la debilidad de su pulso fue haciendo casi indescifrable con los años y por otra parte algunas, aunque siempre firmadas por él, les fueron dictadas a distintos secretarios, ello me ha supu esto la difícil lectura de letra de distintas manos. Pero tras su transcripción y ordenación, puedo asegurarles que he tenido la inesperada sorpresa de encontrarme con el alma del Cardenal entre mis manos. He podido constatar, con respeto y temor, como su vida se iba despla-

gando ante mí, sintiéndome testigo excepcional de los más íntimos acontecimientos de su vida y comprendiendo las razones de muchas de sus actuaciones que dejaron un tanto perplejo a algún historiador.

La correspondencia está dirigida fundamentalmente a dos religiosas, la Madre Victoria Serafina, la última monja de entre las fundadoras del Monasterio que moriría solo cinco meses antes que el Cardenal y a quien éste, cariñosamente, siempre llama "Mi Madre" y a sor Ana María Matienzo, una de las primeras toledanas en ingresar en la nueva Comunidad y a quien D. Pascual de Aragón consideraría siempre como "Su Hija".

El cardenal D. Pascual de Aragón, que gobernó la Sede Toledana entre 1666 y 1677, no fue un personaje brillante, por ello es casi un desconocido entre la larga serie de Arzobispos toledanos. Hoy día, para la mayoría de los habitantes de la ciudad, apenas si es conocido como el fundador del Monasterio de las Madres Capuchinas, título, sin embargo, que estoy en condiciones de afirmar que él hubiera preferido a cualquier otro. No obstante, D. Pascual de Aragón, ostentó los más importantes cargos en la vida política y religiosa de su tiempo, y ha sido centro de eruditos estudios por parte de historiadores que se acercaron al momento histórico que le tocó vivir o que fueron atraídos por su enigmática personalidad. Su confesor, el canónigo de la Catedral, D. Cristóbal Ruiz Franco de Pedrosa, le dedicó una bellísima crónica que, manuscrita, conservan hoy las Madres Capuchinas. En el presente siglo, D. Narciso de Esténaga y Echevarría, obispo de Ciudad Real, le dedicó muchos años de estudios que quedaron plasmados en una ingente obra, publicada en París en 1929, que es obra de imprescindible consulta para todos quienes quieran acercarse, no sólo a la figura del Cardenal, sino a los años de la Historia de España que vieron el quehacer de este personaje singular. No obstante al acercarme yo también tímidamente a su figura he podido advertir algo que de alguna manera resulta paradójico, y es que la figura de D. Pascual de Aragón que tan fuertemente ha atraído a los pocos que a él se han acercado, sigue siendo una especie de sombra silenciosa y tenue en el conjunto de los Arzobispos toledanos. No obstante quien de verdad llega a conocerlo acaba pronto entendiendo este aparente contrasentido. Como ya he dicho fue el cardenal Aragón protagonista excepcional en uno de los períodos más tristes y decadentes de la Historia

de España, pero este protagonismo fue siempre *"muy a su pesar"*, por ello, frente a los altos cargos que *"por desgracia"* ostentó, lo que en realidad nos atrae de él es su personalidad humilde, discreta y aparentemente gris, que le hizo pasar por la vida dejando un rastro tan silencioso que pronto, en quien no ha profundizado en él, su figura se ha desdibujado.

Es, por otra parte, muy difícil, poder decir en breves palabras lo que estas cartas aportan al conocimiento de la vida y personalidad del Cardenal. En realidad, el único modo de conocerlo es su lectura detenida y atenta, confío en que algún día puedan ser publicadas, pero de momento trataré de darles un breve apunte biográfico que pueda servir de guía para ir conociendo los distintos caminos a donde la voluntad del Rey Felipe IV primero y la Junta de Gobierno después, durante la minoría de edad del triste Carlos II, le fueron llevando para, al final, poder sacar unas breves y rápidas conclusiones de lo que entiendo aportan estos documentos al conocimiento de su persona y de la Historia de su época.

Don Pascual de Aragón y Fernández de Córdoba nació en Mataró, el 11 de abril de 1626, en el seno de una de las familias de la más linajuda nobleza castellano-aragonesa, descendiente en línea directa de D. Fernando I de Aragón, el Rey Católico. Fueron sus padres D. Enrique-Ramón Folch de Cardona, Aragón y Córdoba que jugaría un papel decisivo en la revuelta de Cataluña de 1640 a favor de Felipe IV, y su madre, la segunda esposa de D. Enrique, D<sup>a</sup> Catalina Fernández de Córdoba. El nombre de Pascual le fue impuesto en honor de San Pascual Bailón, el humilde lego franciscano, como si de una premonición se tratase.

En 1635 pasó a estudiar a Salamanca, donde residió en el Colegio Mayor de San Bartolomé, del que guardará toda su vida entrañable recuerdo y a su muerte, dejaría ordenado en su testamento, se enviase allá su biblioteca. En la Universidad se doctoró en ambos derechos, el civil y el canónico.

A los 20 años de edad el Papa Inocencio X, el que fuera inmortalizado por los pinceles de Velázquez en 1650, le otorga una canongía en Toledo y poco después le será concedido el Arcedianato de Talavera, razones por las cuales pasará a residir a nuestra ciudad. Aquí, por expreso deseo del Rey Felipe IV, habitará en el regio Alcázar y aquí será ordenado sacerdote por el que era gran amigo suyo, el cardenal D. Baltasar Moscoso y Sandoval. También sería nombrado

Capellán Mayor de la Capilla de la Epifanía, sita en la parroquia de San Andrés, la fundación de D. Francisco de Rojas, Señor de Layos y del Castañar, y en 1649 ocupa la cátedra de Instituciones Canónicas de la Universidad toledana.

Desde su llegada a la ciudad comenzó una entrañable amistad con las Madres Capuchinas que con grandes dificultades habían fundado casa en Toledo en 1622, en la Calle del Pozo Amargo, y entonces se encontraban en situación de suma indigencia. Esta amistad crecería con los años y no se detendría ni con la misma muerte.

En 1651 es nombrado Fiscal de la Suprema Inquisición, teniendo que marchar a Madrid, no obstante deja en Toledo un mayordomo encargado de velar por las necesidades de la Comunidad Capuchina y queda la promesa de edificarles un nuevo Convento.

En 1660, el Papa Alejandro VII le concede la dignidad de Cardenal, imponiéndole solemnemente el birrete cardenalicio el Nuncio Pontificio Bonelli en la iglesia del Imperial Colegio de la Compañía de Jesús en Madrid, la actual catedral de San Isidro.

Nombrado embajador de España en Roma por el Rey, entra oficialmente en aquella ciudad en junio de 1667, después de un trágico viaje por mar en que el barco en el que viajaban la mayor parte de sus criados y el ajuar de su casa fue capturado por corsarios de Argel.

En la Ciudad Eterna tendrá que enfrentarse a la juvenil ambición de Luis XIV de Francia y su intervención prudente y discreta logrará evitar una guerra. Como atinadamente afirma el Duque de Maura, uno de los mejores conocedores de la Historia de España de este período, esos servicios le valieron el Virreinato de Nápoles, el cargo de Inquisidor General y una plaza en el Consejo de Estado.

Su choque con la Corte Pontificia debió de ser duro y desalentador, en medio de intrigas alentadas por la nobleza romana. En carta fechada en Roma el 23 de agosto de 1663 dice textualmente a sus monjas: *"Me veo arto acosado de quienes no devieran y levantándome más falsos testimonios que es justo"*, y más adelante, *"todo lo que juzgan de acá es diferente como de la noche al día"*. Y en la siguiente, recibida el 28 de febrero de 1664 dice: *"Corte tan rara no la debe de haber, siendo la de Jesucristo en la Tierra"*. Sin embargo el cardenal Aragón, que se mostrará a lo largo de su vida como muy

fino catador de obras de arte, aprovechará el mundo romano, habitado entonces por muchos de los más grandes artistas de ese siglo, para adquirir una gran colección de obras de arte de los que hará beneficiarios principalmente a la Catedral toledana, al Monasterio de Madres Capuchinas y al Monasterio tarraconense de Poblet, panteón oficial de los miembros de su familia.

En 1664 marcha a Nápoles, nombrado Virrey de aquel reino, sustituyendo en el cargo al Conde de Peñaranda. Estando allí fue nombrado Inquisidor General, cargo que le complacerá porque iba a permitirle su vuelta a España. Pero pocos días después de concedido este nombramiento, el 17 de septiembre de 1665, moría en Madrid Felipe IV, dejando como sucesor a su hijo Carlos que en ese momento contaba 4 años de edad. En su testamento nombraba como Regente, hasta que el príncipe cumpliera 14 años de edad, a su viuda la Reina D<sup>a</sup> Mariana de Austria, la cual sería asesorada por una Junta de Gobierno compuesta por cinco miembros, entre ellos el Cardenal de Toledo y el Inquisidor General.

Curiosamente, al día siguiente de la muerte del Rey, moría en Toledo el cardenal D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, y la Reina no duda en nombrar a D. Pascual de Aragón para sustituirlo, rogándole renuncie al cargo de Inquisidor General para que no faltase un voto en la Junta de Gobierno, al acumularse dos cargos en la misma persona.

El 28 de febrero de 1666 era consagrado el cardenal Aragón como Arzobispo en la parroquia de San Vidal, diócesis de Pozzuoli, frontera a Nápoles, donde una lápida aún recuerda la efemérides. Liquidados sus asuntos napolitanos se puso en camino hacia España, abandonando el territorio italiano, por mar, el 11 de abril de 1666 y llegando al puerto de Cartagena el 13 de mayo. A los cuatro días de su llegada escribía a la Madre Victoria Serafina desde aquel puerto del Mediterráneo: *"Recivo las de V.m. todas en este puerto, donde Dios se a servido llegue con salud y todos los que vienen conmigo, espero sus oraciones de V.m. traigan con bien los vajeles en que viene mi ropa y me lleven con el a tomar su bendición, pues el ser Prelado no me a de quitar con V.m. del círculo de su hijo, pues si V.m. me quitase este título sería desastre lo mio"*. Su gran ilusión en este momento es ver a sus Capuchinas, pero las necesidades de su cargo lo llevarán obligadamente a Madrid y tendrá que posponer su ida a Toledo hasta el día 8 del mes de junio. Ese día, lleno de excitación,

escribe a sus monjas desde Illescas haciendo que un mensajero adelante las noticias: *“Espero en la Virgen llegar antes de las doce de la noche, V.m. haga se digan los maitines al anochecer para que yo las pueda ver, pues antes de ir a mi casa ire a tomar su bendición de V.m. y darsela este indigno Prelado suio a la comunidad”*.

La entrada solemne en Toledo para tomar posesión de la Sede Arzobispal tiene lugar al día siguiente, 9 de junio, y el día 30 del mismo mes toma posesión, en Madrid, de su puesto en la Junta de Gobierno.

A partir de este momento y hasta el mismo día de su muerte, acaecida el 28 de septiembre de 1677, el cardenal D. Pascual de Aragón se verá inmerso en el torbellino de los años de la minoría de edad de Carlos II, comenzando un terrible Calvario que no le abandonará sino con su eterno descanso en la bóveda de la iglesia de sus Madres Capuchinas. La vida de estos años puede seguirse paso a paso a través de estas bellisimas cartas que, con metódica regularidad, envía a sus monjas de Toledo.

La minoría de edad del triste Carlos II, “El Hechizado”, ha sido una de las etapas más duras y desvergonzadas de toda la Historia de España, que tal vez sólo tenga parangón, como atinadamente ha hecho referencia a ello el Marqués de Lozoya, con los desventurados años del reinado de Enrique IV, “El Impotente”, el hermanastro de D<sup>a</sup> Isabel la Católica. La Corte se verá en manos de la Reina D<sup>a</sup> Mariana de Austria, una mujer alemana, inexperta y mediocre y tal vez por eso mismo terca. Volcada en un hijo enfermizo a quien cuidará con patética y obsesionada entrega. Tendrá la mala fortuna de buscar consejo y cobijo en personas de miras tan cortas como las suyas, en el mejor de los casos, y a veces llevadas de la ambición más calculada. El cardenal Aragón parece que no le fue simpático y en más de una ocasión fue objeto de vivo desprecio y de algún sonado lance. Las incidencias con el Padre Nithar, jesuita alemán, confesor suyo que la había acompañado a España en el momento de su casamiento, convertido por ella en auténtico Valido e incapaz como ella de entender los males de la Monarquía española, el largo episodio de la validez de D. Fernando de Valenzuela, “El Duende de Palacio”, cuya arrogancia y atrevimiento llegó a manchar la honra de la misma Reina y el constante acoso de D. Juan José de Austria, hermanastro del Rey, hijo natural de Felipe IV y de la famosa actriz “La Calderona”, odiado por la Reina y ante quien Carlos II mantendrá una actitud

ambigua, que sabrá hacerse certeramente imprescindible desde su retiro de Consuegra, con sus calculadas dilaciones en tomar posesión de los cargos que para alejarle se le otorgaban, marcarán profundamente toda la Historia de España del periodo. La nobleza, en general, vivirá estos años una época muy poco gloriosa y su cortedad de miras les llevará a buscar el medro personal, el favor regio, la satisfacción de la honra del momento, los intereses personales o de su Casa en vez de mostrarse a la altura de las circunstancias. Sirva simplemente como ejemplo lo que el Cardenal cuenta en carta del 20 de octubre de 1667: *"Esta Monarchia va a pique sin remedio, no habiendo milagro... que no se puede remediar nada por estar todo viciado y los enemigos poderosos, y los ministros y Señores bien poco correspondientes a sus obligaciones"* o el 21 de junio de 1669: *"Estas cosas, Madre mía, llegan al más miserable estado que es posible ser, y si no se reparan, que no le veo traza, esto cairá de golpe, aiudase mucho a ello. Ay mucha pasión, amor propio y poco trabajar, menos cumplir, en mi entender, como Dios manda"*. Y como telón de fondo, en la política exterior, la arrogancia del francés Luis XIV, que invade territorios españoles en Flandes o la firma de una paz con Portugal que a D. Pascual de Aragón le dolerá por deshonrosa. Así juzga estos acontecimientos: *"Las perdidas de Flandes son muy sensibles y más cuando parece q a la potencia del Rey de Francia se junta la de todos contra nosotros que si Dios no usa de misericordia con este pobre Niño y con sus vasallos no sé en q hemos de parar. En Portugal se desea nos ajustemos pasando por la mayor ignominia q se puede considerar, q confieso a V.m. qdo pienso en esto no sé como tengo vida viendo padecer al Rey una tan gran afrenta y aun no sabemos si el Portugués vendrá en ello"*.

El Cardenal sentirá caer sobre él el peso de tantos acontecimientos y como, uno a uno, los distintos bandos enfrentados acudirán a él para poder contar con su aquiescencia, debido a su prestigio y a su inquebrantable honradez. Todo esto hizo de él un ser terriblemente desgraciado, como se puede comprobar con la lectura de esta correspondencia. Muy pronto todo su afán será huir y buscar un refugio, *"algunos ratos está fatal el corazón que mas parece tiembla esto que si hubiesen de hecharme a los leones"*, escribe en abril de 1668. Su convento de Capuchinas fue su gran amor y la meta de continuos desvelos, pero aquí también contaba con un grave inconveniente, radicaba en Toledo y el Cabildo le planteará también

más de un problema que irá reflejando en la correspondencia, dedicando al tema frases muy duras. El día 2 de agosto de 1672 escribía a sor Ana María: *"Diga a nuestra Me. siento D. Martín Bermudez predique el sermón de nuestra Me. Sta. Clara, porque me tienen muy desobligado los prevendados, y de calidad que se han arrojado a lo que nunca imaginase y con insólitos modos, pero volvieron sobre mí, pero no para que deje de conocerlos a todos y ver lo que tengo en ellos... assi que de aquí adelante para cosa ninguna considere a canónigo mientras viva... y assi para misa, sermón o plática de ninguna manera se acuerden de que tales hombres ay en el mundo, ¡quien dijera, hija mía, lo que me sucede con ellos y cómo algunos me an tratado, Dios se lo perdone, que arto quebranto tengo haver de tratarles"*.

En ocasiones soñaba con volver a Roma y buscar en el Papa una comprensión que en España no encontraba. Otras veces venía a la finca de "La Ventosilla", cercana a Polán, que acondicionará y en la que se dedicaba a tareas que nadie hubiese imaginado en persona de tan alta dignidad, como la caza de conejos para enviar a sus Capuchinas o la poda y cuidado de los árboles, pensando en la fruta que podría enviar a la Comunidad. Un día escribe desde allí a sus monjas: *"No e tirado tiro, conque no e podido lograr el ser cazador de las capuchinas"*. También aquí, en la Ventosilla, le alcanzó más de una vez la desgracia, allí supo el 14 de enero de 1670 la muerte de su hermano mayor, el Conde de Segorbe y Cardona, y allí ocurrirán crímenes entre criados que le harán pensar en abandonar el lugar para siempre. Con mucha frecuencia buscó, en sus últimos años, refugio en el Monasterio de Carmelitas Descalzas de Boadilla del Monte, fundación reciente de Don Juan González de Uzqueta, del Consejo y Cámara Real y Supremo de Castilla, y de su mujer D<sup>a</sup> María Vera de Lagasca y Barco. Por su cercanía a Madrid, allá acudía el Cardenal en las fiestas de Navidad o Semana Santa, cuando no podía o no quería venir a su Sede Toledana. Sus repetidas visitas llegarían a despertar los celos de las Madres toledanas y D. Pascual, siempre solícito, respondería una y otra vez que era en Toledo, con ellas, donde pensaba pasar su eternidad. En marzo de 1671 escribe desde Madrid: *"Me rio de que tengan zelos de las Monjas de Boadilla y repare V.m. si adonde escojo para estar asta el día del juicio sinó me llevara el afecto mas que otra cosa... La alpargata de las capuchinas estimo yo mas que quantas cosas ay, pues an de ser mi remedio en*



*esta vida y en la otra*".

Al final de su vida, en momentos especialmente dramáticos en la Corte la decepción y el bochorno le harán abandonarla, refugiarse en Toledo y desde aquí lanzarse en emocionada peregrinación a los lugares más recónditos de su Arzobispado, entre montes y barrancos, por caminos que aun hoy día resultan casi intransitables, con lluvia y frío, pero yendo feliz por sentirse lejos de Madrid y contando a sus hijas que, a pesar de todo tipo de incomodidades, su salud se siente robustecida entre aquellas soledades. En mayo de 1675 escribe: *"A mí la Sierra me ha tratado mejor de salud y reconozco nace de haver apartado el ánimo de la Corte y aun de Toledo, porq yo lo que paso es más de lo q se puede considerar"*. Sus andanzas le llevarán a la Sierra de Madrid, por las fragosidades de la Sierra de Cazorla y a los lugares más alejados de los Montes de Toledo, donde jamás habían visto anteriormente a un Prelado. Curiosamente llegaría a visitar, entre otras, la aldea de Anchuras y lo que sobre aquella zona comunica en carta a su hermano D. Pedro de Aragón cobra hoy dramática actualidad. Dice textualmente el 22 de mayo de 1675: *"La miseria de estos pueblos es imposible que se llegue a pensar como es y lo que los sajan, siendo más esclavos. La Virgen inspire a los que mandan el medio porque no sean tan vejados, ni con tanta crueldad tratados"*.

Pero su verdadero refugio fue esta correspondencia. El nos dice en varias ocasiones cómo espera la llegada del correo, cómo se alegra cuando recibe las esperadas cartas y cómo queda triste cuando se ve privado de ellas. Don Pascual de Aragón fue un hombre que vivió en medio de una terrible soledad. Lo que él veía en la Corte hacía que su espíritu tímido y humilde se cerrase ante los personajes que le rodeaban, que en realidad no le comprendieron, y se fue refugiando cada vez más en sus Madres Capuchinas. Quien escribe estas cartas está muy lejos de ser el Cardenal Primado de España o el miembro más digno de la Junta de Gobierno que tiene que asesorar a la Reina en los graves asuntos de Estado, es, como él mismo escribe con palabras emocionantes, *"el pobre y ruin Hermano Pascual que quiere andar a los ojos de todos con la mitad de los piojos de una capuchina"*, y que va mendigando comprensión, consejo y un común interés centrado en Dios. Hombre entrañable y cariñoso, guarda toda su ternura para sus Madres. Emociona ver como cuida su Monasterio, a través de estas cartas podemos seguir como el edificio

del convento se va elevando, como va colocando estampas en sus muros y clava clavos para sostener las cruces en las celdas, como cuida de que sea soleado, acogedor, con cómoda enfermería y huerta que sirva de esparcimiento. Como está pendiente de enviarlas los detalles más delicados, relicarios y flores para adornar los altares, frutas de La Ventosilla, gazapillos para las enfermas, pescado en momentos de escasez, salmón, que por cierto roban por el camino al mensajero que lo trae de Madrid, dátiles que le habían enviado de Orán, nieve en verano para que todas las tardes se diese, por expreso mandato suyo, un refresco a la comunidad, etc., etc. También podemos seguir a través de ellas los incidentes familiares, el más importante la pérdida entre los miembros de su familia del título secular de Condes de Segorbe y Cardona, que pasa a la Casa de Medinaceli, y que tanto herirá su honra de hombre educado en el siglo XVII. Del mismo modo queda en ella reflejada la sucesión de los distintos papas, Alejandro VII, Clemente IX, Clemente X e Inocencio XI, con noticias siempre curiosas, como cuando comenta, al referirse a la elección de Clemente X, *"es muy viejo, naturalmente puede vivir poco"*.

Un último aspecto quiero comentarles de esta correspondencia, la descripción minuciosa que en ella se hace de las continuas enfermedades que padeció el Cardenal. Fue D. Pascual de Aragón hombre de complexión más bien débil, los varios retratos que de él conservan las Madres Capuchinas nos dan constancia de ello, y en él se cebaron los brutales métodos terapéuticos de la época. Los constantes datos que sobre su estado físico va intercalando permitirían con toda certeza el hacer un diagnóstico retrospectivo de su mal, a la luz de los conocimientos actuales. Muy posiblemente D. Pascual, al tener que enfrentarse a problemas superiores a sus fuerzas reales, fue dañando lentamente su sistema nervioso, lo que le acarrearía dolencias de origen psicosomático, incomprensibles para la medicina de la época, que van a ser tratados con la terapia del momento, que aplicará sobre su maltrecho cuerpo sangría tras sangría que terminaban con brutales purgas. Sirvan como ejemplo de sus continuas quejas algunas de estas citas. En abril de 1669 escribe: *"Fue Dios servido que pasase la borrasca y confieso a V.m. me maltrató mucho y de todos quantos achaques me acuerdo haya tenido, no ha sido este el que menos haya apretado. Por el achaque de la orina no puedo estar en la cama, que me levanté ayer,*

*sintiendome muy flaco y decaido y la cabeza todavia me maltrata*”, o pocos días después, *“no he podido responder antes... ahora lo hago estando purgado q el no haverme faltado calentura, molestarme la destilación al pecho y hallarme bien maltratado de la cabeza, ha obligado a que los médicos no se contenten con menos medicamentos para esperar mejoría en la salud”*, o el 3 de octubre del mismo año, *“Yo ando trabajoso estos días que las sangrias no me han mejorado y traigo perdido el estómago y cabeza”*. Todo ello fue minando seriamente su salud, y sus últimos años fueron un verdadero arrastrarse para poder seguir las órdenes de la Corte y el anhelo de su celo pastoral. En enero de 1677, el año de su muerte, el Cardenal escribía: *“Me acometio perlesia, fue Dios servido que con los remedios no pasase adelante”*. Es la perlesia una afección encefálica que con frecuencia resulta mortal para sus víctimas, en este caso D. Pascual de Aragón no solo logrará superarla sino que sacará fuerzas, que clínicamente resultan casi inexplicables, para ocuparse de la Reina D<sup>a</sup> Mariana, que por causa de los entresijos políticos se ve obligada a separarse de su hijo y desterrada de la Corte, llevarla en un primer viaje a Aranjuez para finalmente trasladarla a Toledo, su meta definitiva. Todo indica que la Reina, en este lance, quizá el más penoso de su vida, se volvió hacia el Cardenal buscando un apoyo sincero y desinteresado y no queriendo en modo alguno verse separada de él. Y esto ocurría en la primavera de un año que resultó especialmetne lluvioso hasta desbordarse el río Tajo, anegando campos y caminos, y teniendo que atravesarlo en balsa con peligro de la propia vida. Comentando la situación de la Reina, el Cardenal decía a sus monjas: *“Madre mía muy mal se pasa por acá pero me ha consolado mucho la Reyna haya tomado resolución de irse a Toledo, q por tanto como he oido, he estorvado fuese a Alcalá, aunque quería hacerlo. Yo logro la suerte de no alejarme de V.m. y por Amor de Dios y la Virgen, encomienden a Dios a esta Sra. q bien lo ha menester según los trabajos en q se ve y desamparo”*.

Queda también claro a través de la lectura de estas cartas que D. Pascual de Aragón fue un hombre depresivo, aquejado con frecuencia de profunda depresión nerviosa, esa enfermedad que hoy tan bien conocemos y que entonces se solía denominar “mal de melancolía”. Hay en estas misivas suyas muchos y claros signos de ello, tal vez el más evidente de todos sea la total pérdida de su autoestima que la arrancará tremendas exclamaciones. Brevemente

les leeré algunas citas: "Mucho me duele la falta de agua y la langosta, todo ello se debe de venir a mis pobres por ser yo Arzobispo, V.m. se desengañe que soy muy ruin" o "A V.m. la canso que a todos soy molesto y aun a mí, que tan infame criatura no la ay en el universo" o "Soy el castigo y el menoscabo del resplador que a tenido mi dignidad en otros" y finalmente escribe en noviembre de 1674: "Confío a V.m. ando fuera de mí y no sé como vivo, esto va a pique, porque todo lo de afuera corre al precipicio... Yo hecho un estropajo, ya ni lo merezco dolerme mucho y sabe la Virgen como estoy en lo interior, ¡desdichado Arzobispado y Reinos que tuvieron un Arzobispo como yo! y no goza de uno de los q en tiempos pasados fueron de tanto remedio".

Tanto sufrimiento le hará suspirar por su muerte y su descanso en la bóveda de sus Capuchinas, con momentos tan patéticos como, cuando en Madrid oye tocar las campanas cercanas a su palacio por algún muerto y piensa con nostalgia que podrían ser por él. Así describe el lance: "Hija mía, su carta de V.m. me halló en la cama, y le aseguro tenía tal la cabeza que la primera vez no la pude acabar de leer, sangreme segunda vez y hoy me he levantado, pero conozco es milagro el vivir y no es fácil temple mi desconsuelo ni alibie mi pena, quando juzgo podia ser consuelo el morir y que una tan mala criatura se sacase del mundo... Yaier puedo decir estava oiendo tocar a muerto, y a ser posible me consideraba que sería gusto oír doblar por mí".

Hoy que en los estudios históricos se tiende a conocer el mundo y los sentimientos de los personajes, más que las grandes hazañas a las que nos tiene acostumbrados la Historia tradicional, nos encontramos aquí con un material inapreciable. Tras su lectura, creo poder afirmar que el cardenal D. Pascual de Aragón fue una persona muy poco indicada para ostentar la mayor parte de los cargos de los que se vio investido. El era una persona sencilla y bienintencionada hasta la ingenuidad, un espíritu excesivamente recto y legalista, que con frecuencia caía en el escrúpulo y un alma impregnada de la más profunda religiosidad, una religiosidad teñida de franciscanismo por su sentimiento profundo, sencillo y tierno, bajo su sotana siempre llevó el hábito de San Francisco. Si en vez de ser una de las figuras protagonista de la Historia de nuestra patria en su tiempo, hubiera podido ser un sencillo capellán de sus Monjas Capuchinas, pudo haber sido el más feliz de los mortales. Pero el

haber sido miembro de una de las familias más ilustres de España, a la que el Rey Felipe IV estaba agradecido y con la que se sentía obligado, hizo que sobre él lloviesen títulos y honores que fueron aprisionando su vida y su espíritu, en una especie de pegajosa tela de araña en la que se sentirá aprisionado y contra la que clamará impotente.

Termino este bosquejo de mi emocionada experiencia con una gran figura de la Historia de la iglesia toledana. En definitiva esta correspondencia es una joya más de las que atesoran los monasterios de la ciudad. Esos monasterios de los que el inolvidable Dr. D. Gregorio Marañón decía "representan la parte esencial y permanente del alma de la ciudad... precisamente porque son tan de aquí que más que la conciencia de Toledo son su verdadera subconciencia" y sobre los que, con bellísimas palabras, decía "el que entre en un convento de religiosas de la vieja ciudad se dará cuenta de que cuanto es radicalmente toledano, universal y permanentemente toledano, está en ese ámbito reducido y humilde, vago y ténue, como diluido en una nube de incienso, pero exacto e íntegro, sin que le falte ni le sobre absolutamente nada".

A la decadencia y más que previsible ruina de estos monasterios nos está tocando asistir impotentes en nuestros días. La vida ha cambiado, la espiritualidad tal vez busque nuevos derroteros, pero por encima de todo pienso que sobre Toledo se están barajando en los últimos años demasiados intereses de todo tipo, especulativos, políticos, religiosos incluso, que no encuentro se estén resolviendo con el despego, altruismo y cariño que merece esta ciudad singular que no es sino un pedazo vivo de toda la Historia de España que nos ha llegado, casi intacto, hasta las postrimerias del siglo XX. En esta situación, como ocurre siempre, cuando soplan malos vientos, es muy posible que las primeras víctimas sean las flores más delicadas y bellas, las que necesitan mayor cuidado y mejor riego, sus monasterios.

Y acabo con unos versos de uno de esos poetas a los que yo acostumbre acercarme también de puntillas y en silencio, Antonio Machado, quien refiriéndose a otros lugares dijo algo que en estos momentos quiero aplicar a nuestros conventos:

¡Hoy siento por vosotros, en el fondo  
del corazón, tristeza,  
tristeza que es amor!



**D. Pascual de Aragón. Monasterio de Capuchinas. Toledo.**

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

Para el estudio de la vida y época de D. Pascual de Aragón he manejado la siguiente bibliografía que considero fundamental.

-D. CRISTÓBAL RUIZ FRANCOS DE PEDROSA, *Crónica de el Emo. Sr. D. Pasqual de Aragón y Córdoba, Cardenal de la Sta. Iglesia de Roma...*, 1690. Es obra bellísima y fundamental de la que solo conozco un ejemplar en la biblioteca de las Madres Capuchinas.

-Dr. FREY D. NARCISO DE ESTÊNAGA Y ECHEVARRÍA, Obispo Prior de las Órdenes de Caballería de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa... *El Cardenal Aragón (1626-1677), Estudio Histórico*, 2 tomos, Paris, 1929. Hasta la fecha es la obra fundamental para llegar a conocer al Cardenal y su mundo.

-DUQUE DE MAURA, *Carlos II y su Corte*, 2 vols. Madrid, 1911.

-DUQUE DE MAURA, *Vida y Reinado de Carlos II*, 2 vols. Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1954. Obras de imprescindible consulta para conocer el mundo cortesano en el que se desarrolló la vida de Carlos II.

-HENRY KAMER, *La España de Carlos II*, Ed. Critica, Barcelona, 1981. La obra más actual sobre la época que introduce todas las nuevas corrientes de la moderna historiografía.

-ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTÍZ, *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Tomo III de la Historia de España Alfaguara. Alianza Editorial, Madrid, 1973. Puede servir como ejemplo del autor, el máximo conocedor actual de la España de los Austrias.

-MARQUÉS DE LOZOYA, *Historia de España*, Tomo V, Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1967. Es una de las muchas Historias de España que destaca por la labor de síntesis lograda y por la amenidad con que está escrita.

-FRANCIS HASKELL, *Patronos y pintores. (Arte y sociedad en la Italia Barroca)*. Ed. Cátedra, Madrid, 1984. Obra hermosísima, recientemente traducida, que describe de modo ejemplar la sociedad romana que conoció D. Pascual de Aragón.

-Fr. PEDRO A. DE MARRATXI, "El Cardenal Pascual de Aragón y las Capuchinas de Toledo", *Revista de Estudios Franciscanos*, Barcelona, T. XXVIII, 1922, págs. 39-55 y 123-129. Es el primer estudio serio sobre D. Pascual de Aragón aparecido en el presente siglo, enfocando su figura desde la óptica de Terciario Franciscano.

-MARIO ARELLANO GARCÍA, "Información de limpieza de sangre del Cardenal Aragón", *Toletum*, T. XI, 1981, págs. 49-88. Último trabajo aparecido sobre D. Pascual de Aragón en el que se da a conocer el informe de limpieza de sangre para poder ser Capellán Mayor de la Capilla de la Epifanía, en San Andrés.